

856
GABALDON, M.E.
1966

EL RESURGIMIENTO DE PITÁGORAS
EN VENEZUELA

EDGAR GABALDON MARQUEZ

Cultura Universitaria (Caracas), 1966, n. 93, 119-27.

El libro *Pitágoras, fundador de las ciencias matemáticas*, por Miguel Parra León (Ediciones de la Biblioteca de la Academia de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales, Vol. 1, Caracas, 1966), incorpora a nuestro país al curioso fenómeno del resurgimiento de Pitágoras en la cultura moderna; elementos de juicio, en este sentido, son otros dos libros que reivindicán, ampliamente, la figura extraña y legendaria del samosata: el *Pitágoras*, de Juan B. Bergua, publicado en Madrid, hace unos años, y el *Pitágoras*, de W. K. C. Guthrie, publicado en Cambridge, Inglaterra, en 1962 (*A History of Greek Philosophy*, Vol. 1, *The Earlier Presocratics and the Pythagoreans*, donde hay 255 páginas, de un total de 500, dedicadas a Pitágoras y al pitagorismo). En otros países: un libro de H. Thesleff: *An Introduction to the Pythagorean Writings of the Hellenistic Period*, 1961, en Abo; otro, de H. Frankel: *Wesen und formen frühgriechischen Denkens*, 1960, en Munich; otro, de V. Capparelli: *La sapienza di Pitagora, 1941-1945*, en Padua; otro, de L. Rougier: *La religion astrale des Pythagoriciens*, 1959, en París; estas referencias dan apenas una idea de lo que significa todavía, a dos milenios y medio de distancia, el influjo de Pitágoras.

Desde el estudio de H. Martin sobre el *Timeo*, de Platón, en 1841, el presunto eclipse de Pitágoras se ha ido cambiando por horas de luminosa reflexión; el desarrollo de la historia de la filosofía como especialidad universitaria ha intensificado la recuperación del pensamiento antiguo, para despojarlo de la absorción a que lo sometió el pensamiento judeo-cristiano durante larguísimos siglos. El libro de Miguel Parra León es oportunidad excelente para que en Venezuela se reconozcan estos hechos, porque entre nosotros la filosofía empieza a cobrar un auge insospechado. Las trescientas páginas de esta obra son un aporte invaluable para estimular la inquietud por la filosofía; Miguel Parra León, lo mismo que su hermano Caracciolo Parra León, representa un momento

transicional en los estudios filosóficos venezolanos: de la colonia al positivismo, contra el cual se reacciona en los años 1920 y 1930, y las individualidades de ahora, situables en los años 1950 y 1960; Parra León, por el modo de filosofar, y por el modo de escribir, marca el paso de una era a otra.

Queremos decir, por ejemplo, que Parra León ha escrito su valioso trabajo al margen de las preocupaciones académicas por el uso de las fuentes cuando hay que acometer la empresa de familiarizarse con un autor clásico; este problema significa el cúmulo de las traducciones más exactas y de los originales más aceptados como auténticos, no adulterados, y bien copiados; tampoco le ha interesado mucho la bibliografía, en lo que demuestra un cierto simpático descuido, muy de los tiempos de los años 1930 o 1940, en la mayoría de los estudiosos venezolanos, de cualquier disciplina. Pitágoras, sin embargo, es tan fecundo e incitante que el libro de Parra León no ha podido menos de atrapar una cantidad grande de temas y de pretextos para estudios posteriores, y el autor los ha sabido presentar en un lenguaje parco y galanísimo, de verdadero maestro del idioma. Parra León, por otra parte, acierta al señalar que el pensamiento doble-filo de Pitágoras: científico y religioso, es el mismo que vemos, actualmente, y esto es actualidad pitagoriana, en Teilhard de Chardin y en los físicos idealistas Whitehead y Eddington, y hasta en el mismo Einstein; Parra León se empeña en vincular a Pitágoras y Teilhard de Chardin, el más reciente adalid del maridaje religión-ciencia, atribuyéndole al antiguo un evolucionismo larvado, que hace paradójica llave con el heterodoxo evolucionismo teyardo-chardino.

* * *

Pitágoras vale bien los dos libros que deseamos enlazar: el de Parra León y el de Guthrie, y no dejan de valer también los humildes capítulos que hemos redactado, en nuestro libro *Límite-límite, hermanos siameses*, 1965 (inédito, véase *Cultura Universitaria*, N° LXXXVII, junio, 1965), donde el tema ha exigido un primer ensayo de examen histórico, filológico y filosófico, de algún interés para los entendidos en estas cosas. El libro de Parra León se construye a base de 22 capítulos que resumen admirablemente los datos sobre la vida de Pitágoras y sobre la que ha debido ser su pensamiento, pues no quedaron libros suyos, sino citas esparcidas en sus adeptos, los pitagóricos; no queremos hacer una crítica minuciosa de la exposición pitagorista de Parra León, porque, aunque parezca mentira, resulta ser lo más engorroso del mundo sin-

tetizar un pensamiento que ha quedado disperso en pedazos ajenos; como nosotros estamos hondamente interesados en dos temas que van insertos en el pensar de Pitágoras, creemos útil comparar el reflejo de tales temas en Parra León, en Guthrie y en nuestros propios escritos.

Entre los 22 capítulos de la obra de Parra León, hay estos: La unidad metafísica, El dios supremo, La ley de armonía, Teoría de las ideas, La doctrina de los números, Los contrarios, El alma del mundo, El fuego central, Método de investigación, La unidad universal, El cosmos, El germen, El alma humana, La vida, La reflexión, Objetivos de la sociedad pitagórica, La moral, La religión (este es el mejor de todos, el más claro y el más afín al autor), La política, y La ciencia. Trae el libro 18 notas adicionales, de un curioso valor docente, sobre todo la N° 1, sobre el ser, que es magnífica de claridad y concisión; en cambio, la N° 2, sobre el ente, es lo contrario: confusa y enredadiza (¿será ello cosa del titubeo filosófico que hay entre estas dos palabras: ser y ente, producto del hibridismo grecolatino, en los orígenes de nuestra cultura?); las otras notas: Trascendencia, Trascendental, Razón suficiente, Introspección, Integración, Eter, Espacio y Tiempo, Energía, Energética, Entropía, Filolao, Arquitas de Tarento, Alcmeón de Crotona, Empédocles, Heráclito, Los versos de oro, Primates, enriquecen la lectura de las páginas anteriores.

* * *

Para poner de relieve cuán importante es el libro de Parra León, cabe elegir dos de los temas de que trata, y establecer ciertos principios. Emplearemos la palabra "error", en lo que sigue, pero sin ánimo de molestar a nadie, como algo inevitable, que expresa la diversidad de criterios, y es que Pitágoras es legendario, no dejó huellas de su mano en ningún libro que podamos leer, y por ello es imposible separar lo que dijo en su tiempo y lo que han dicho sus numerosos discípulos, cosa que siempre ha de estorbar la claridad al estudiarle; cosa muy de notar: Platón le compró a Filolao tres libros pitagóricos, y el platonismo es profundamente pitagórico, pero los originales del maestro samosata se perdieron; Pitágoras dizque afectaba escribir con el nombre de Orfeo, símbolo de la tradición, tan unida siempre a lo innovado, tan celestina siempre de las cosas nuevas.

¿Cómo aparece el problema del concepto de límite en el libro de Parra León? Un poco confuso, lamentablemente, pero con los factores que sirven para restaurar una cierta lucidez. Dice el autor:

Los griegos no distinguían lo infinito de lo ilimitado (p. 41), y trece líneas más abajo, en el mismo sitio: En eso de lo limitado y lo ilimitado (finito e infinito) los pitagóricos tenían un criterio bastante claro. A vuelta de página: Para entender lo anterior es bueno aclarar lo que consideraban los pitagóricos como límite e ilimitado... El límite es el principio y fin de las cosas... ¿Y el ilimitado? Se dijo que indica el espacio intermedio... Parra León presenta otros elementos de comprensión, en este caso, justo es decirlo, pero el concepto de límite no ha sido para él, como para nosotros, objeto de una atención especial y por eso surge en su libro como una madeja.

En el sentido de la recuperación de Pitágoras, de que hemos hablado, y para que se constate su actualidad, conviene exhibir los materiales que nos ofrece con respecto al límite. Parra León, como tantos otros, comete el error lingüístico, y desde luego filosófico, de creer que existe diferencia entre límite-finito y la otra mitad de esta inseparable yunta: infinito-ilímite; lo que sucede es que ambos pares de palabras, igualmente de origen latino, han reemplazado a las originales griegas: peras-ápeiron, y en el curso de los siglos las dos que estaban más cerca del sentido prístino y primario: *límite-ilímite*, fueron eclipsadas por *finito-infinito*, las cuales se cargaron de fuerza teológica, y se dividieron entre sí, hasta quedar finito convertido en un pobre diablo, mientras que infinito ascendía a las alturas celestiales de la divinización, al consustanciarse con la figura del ser de los seres. Por eso Parra León puede decir: el Universo todo está compuesto de limitado e ilimitado, según Filolao en cita por Estobeo; y el mismo texto, líneas más adelante (pp. 42 y 44), tomando la cita en la edición Böckh, de Filolao: la esencia de lo que se compone el Mundo, lo finito y lo infinito.

Estos distinguos no son triviales, sino de esencia; detrás de la pareja finito-infinito hay dos milenios de un pensar que no ha de tener los mismos lineamientos que el que imaginamos surgirá de ver las cosas a través de la pareja límite-ilímite, pareja que es más vivaz y lucígena. Parra León, por lo que hemos expuesto, también deja entrar en este cerco otra palabra tendiente a confundir, que nos viene de Descartes, a través del latín escolástico: indefinido, y es cuando se refiere a "la díada indefinida" que ponen en labios de Platón: Y, en fin, la díada indefinida e ilimitada, frase que el autor parece tomar de Eudoro, según Filolao; estas son las imprecisiones que nosotros hemos considerado interesante eliminar, en el trabajo sobre la pareja límite-ilímite; tales inexactitudes son las que dan lugar a ciertas matemáticas que nos parecen no estar bien

basadas filosóficamente, un ejemplo de las cuales nos da Parra León en la p. 48: Uno es igual a Cero multiplicado por Infinito, donde Uno es Dios, Cero es lo Inexistente o Increado, y Lim-n ($1 = \text{Lim-n} \times \text{Lim-n}$) es igual al Infinito.

Para nosotros, y según Pitágoras, el N° 1 simboliza a la vez el límite y el ilímite, y el cero es la nada o el no ser (véase: *Universalía*, Vol. II, N° 4, julio-agosto, 1965, pp. 127-130, donde mostramos cómo Nada, No-ser, Ilímite, Vacío, Espacio, Abstracto, Absoluto son afines por un lado, frente a: Algo, Ser, Límite, Pleno, Materia, Concreto, Relativo); esas matemáticas, en las cuales la pareja límite-ilímite tienen algo que decir, aunque sea como prueba de entrepitud, no pueden ser dogma fijo, y entonces el Uno-Número no puede ser igual a Cero Infinito, pues Uno-Número es símbolo del Límite, y aquí Parra León nos da otros elementos de juicio, recogidos en la literatura pitagórica, a saber: El misterio tiende a dejar de serlo vía Aristóteles, a pesar de las tergiversaciones del anti-pitagorismo de este célebre pensador, quien en su *Metafísica*, xiv, dice: el ilimitado, indiviso en sí mismo, no se hace diviso en muchas partes sino en cuanto penetra en el limitante (n.n.: ignoramos quién traduce aquí, pero no podemos desviarnos); el ilímite penetra en el limitante, esta frase no nos sabe a verdadero pitagorismo; en otro sitio Parra León dice: Para los pitagóricos el origen del Universo estaba fundado en los dos principios opuestos: el límite y lo ilimitado; sucede, pues, que Parra León no se da cuenta de que la pareja límite-ilímite, bien enfocada, tiene unas enseñanzas que se hallan en el pitagorismo, pero no claramente desentrañadas; la materia es tan eterna como el espacio que la contiene; la materia es afín al límite, que le da forma; el espacio es afín al ilímite, negación de la forma; esto lo sugiere el pitagorismo del N° 2 y del N° 3, síntesis de la línea, que representa el ilímite, y del triángulo, que representa el límite, y símbolos del lingam y el yoni; el triángulo es fálico, y la línea es yónica (ignoramos el vocablo griego para el órgano sexual femenino, pues el que se ha popularizado, curiosamente, es el otro, no sabemos por qué, allá Platón y su milagrosa gente).

Por falta de estas precisiones, hasta donde ellas son realmente tales, Parra León dice, con un margen de error: En *Física*, de Aristóteles, los pitagóricos... al vacío, el cual delimita así las naturalezas; y el autor escribe: Es claro que con la palabra *delimitar* no querían (los pitagóricos) decir poner *límite*, sino constituir, integrar las cosas. Y nosotros decimos: Pero, justamente, si delimitar es poner límites en evidencia, y las cosas integradas y constituidas

ya tienen sus límites físicos, por cuanto son materia ubicada en el espacio que la contiene.

* * *

Pasemos ahora a otro aparte especial, sobre el concepto de espacio. Parra León lo aborda en el capítulo La unidad universal. Dice que los pitagóricos consideraban que el Uno ocupaba un espacio, un lugar. Empecemos, pues, aquí. Parra León junta, con casual acierto, dos conceptos que no son iguales, y que han sido muy debatidos, desde Aristóteles, que negó el de espacio y prefirió el de lugar (xora, topos). Quienes olvidan el pitagorismo fálico-yónico del 2 y el 3 caen en el error de prescindir del espacio como realidad objetiva; el hombre es el penetrante, el límite; la mujer es penetrable, e ilímite, en este sentido; podemos hablar así, por modo de referencia, pues tanto la mujer como el hombre, en nuestro criterio, son limitados e ilimitados, a la vez; cuando Parra León acomete el problema del espacio, indirectamente lanza unos rayos de clara luz sobre el concepto de límite, ya sea en citas o en dichos propios.

De Simplicio, por ejemplo, toma: ... el Uno era limitado e ilimitado a la vez. Y era finito y generador de la forma (n.n.: la palabra finito, en este caso, es una recurrencia del viejo error a que nos hemos referido en nuestro libro sobre el límite). Al preguntarse si el ilímite de que habla Aristóteles es corpóreo o incorpóreo, Parra León nos regala un hallazgo, un parecer co-incidente con el nuestro, que es el del filósofo e historiador alemán Otón Gilbert, quien identifica el ilímite con el vacío, y así robustece nuestra tesis de que hay un campo lingüístico integrado por los pares de opuestos arriba aludidos; la polémica sobre "kenon", el vacío, ya tiene más de dos mil años, y Einstein con Minkowski han querido eliminarla con su espacio-tiempo; el caso es que los pitagóricos, como muestra Parra León, parecen haber creído que el espacio, llamado vacío "es el principio de los números (p. 128), y éstos de las cosas"; pero el escribir de Parra León se enreda, pues más adelante dice: los pitagóricos concebían el Uno primero como rodeado del infinito y del vacío; ¿en qué quedamos, entonces? ¿No son idénticos el vacío-espacio y el ilímite-infinito?

En Parra León no está muy claro cómo Aristóteles negó el concepto de espacio y lo sustituyó por el de lugar, que es como quien dice: lo que existe es el instante y no el tiempo; en la p. 114 escribe Parra León: el primer gran descubrimiento de Nicolás de Cusa fue haber determinado la relatividad del lugar... en contra-

posición con Aristóteles, para quien el lugar era natural y absoluto... Prepara así De Cusa la concepción moderna del espacio; criterio que sigue hasta la Nota 8, El Espacio y el Tiempo, donde Parra León se inclina, aparentemente, a convenir en que Einstein y Minkowski han implantado para siempre la doctrina del espacio-tiempo, contra el presunto error absolutista de Newton; sin embargo, Parra León aporta un dato admirable que señala en Einstein, el relativista, el absolutismo que le hemos pescado nosotros desde que nos iniciamos en su lectura, desde el punto de vista filosófico: el absoluto de Einstein, elegido en reemplazo del de Newton, es la velocidad de la luz *in vacuo* (en el espacio), y en la p. 123 nos dice: ¿Y qué decir de la constancia de la velocidad de la luz, fundamento de la teoría einsteniana de la relatividad, después de los experimentos del ingeniero alemán Miller (1855-1934), quien demostró que a "1.700 metros de altura la velocidad de la luz no es una constante universal"...?

* * *

Es indudable que este libro de Parra León nos brinda muchas incitaciones a delinquir contra la intocabilidad de algunos principios. Y como este trabajo no puede ser más extenso, ya lo vamos a concluir. Pronto llegará a nuestras librerías el primer volumen de la historia de Guthrie, si es que ya no llegó; en sus 255 páginas sobre el inolvidable Pitágoras se pueden aclarar muchas de las dudas y confusiones que involuntariamente se han metido en el libro de Parra León, o en nuestra cabeza al leerlo, cosa que no obstante nuestra franca simpatía por la obra no hemos logrado evitar. La minuciosidad de este trabajo inglés lo hace acreedor a que entre nosotros se le conozca, a riesgo de que alguien pueda creer que lo empleamos para señalar, por contraste, supuestas deficiencias en la obra de Parra León; queremos apuntar, no obstante, que el estudio de Pitágoras puede enriquecerse acudiendo a Guthrie, e igualmente, desde luego, a la enciclopedia pitagoriana que ha editado Bergua. En el libro del venezolano hemos querido ver las figuras, los gnomon, esas escuadras que tanto ilustran, y la leyenda de Arquitas, que recuerda Lucrecio en: *De la naturaleza de las cosas*, traducida por Lisandro Alvarado: la varita y el ilímite. Los materiales de Guthrie sobre límite-ilímite son imprescindibles, y están lúcidamente ordenados.

Lo más importante de las diez categorías recogidas por los pitagóricos, y que Parra León inserta, con cierto descuido, en la p. 89, es la raíz de una ética basada en el límite, ética que la fu-

sión de la teología hebrea con la metafísica aristotélica y platónica (en parte, la misma de los pitagóricos) desvió y frustró, es aquello de que el límite se empareja, en columna, con el bien, y el ilímite con el mal; posteriormente esta relación pitagórica se invirtió, y lo infinito se le atribuyó excluyentemente al ser divino, equiparado a lo bueno y al bien, y el mal se le adjudicó, gratuitamente, al ser humano; Parra León parece intuir algo de la corrección aquí pendiente cuando dice: (p. 148) Hombre, con pasado, presente y futuro en el espacio y el tiempo; pero dios inmortal, en el acto absoluto de su creación; es un poco enigmático lo que Parra León escribe, pero resulta de las internas discrepancias que se recogen en el pitagorismo: El Uno... apareció en el Universo en el momento de su creación; El Mundo ha existido de toda eternidad; El Alma del Mundo era el instrumento inteligente de Dios, del Dios que había creado el mundo (p. 95); Existe de toda eternidad un Dios Supremo (p. 171).

Es lástima que no podamos aprovechar los textos de Platón en el *Filebo*, pero esto, por supuesto, es otra prueba más de cómo es de estimuladora la obra de Parra León; en su diálogo el amigo de Filolao reconoce la doctrina de la armonía de Pitágoras como fuente de extraordinarias verdades, y de alucinantes presupuestos de un candente debate: ¿Cuál es el Platón que siguieron estos o aquellos seguidores, si en el *Filebo* se dice: ¿No decíamos nosotros que Dios revelaba un elemento finito de existencia, y también uno infinito (retraduzco de la versión inglesa de B. Jowett, y de los vocablos finito-infinito tal como están dados), y estas otras invitaciones a discutir: ¿Concibe usted un límite en aquellas cualidades?... La diosa, viendo tanta maldad y desenfreno generales, y que los placeres no eran sujetos a límite alguno... pensó en un límite de ley y orden (puntos de partida para una ética basada en el concepto de límite, de que hablamos nosotros en nuestro libro), la ontología y la ética, en Platón, se vislumbran como raíces de una fecunda investigación, sin duda, cuando se las enfoca desde el concepto de límite.

* * *

No se agota el libro de Parra León sobre Pitágoras con unas pocas cuartillas. Mucho más puede estudiarse en sus breves y amenas páginas. Lo central en Pitágoras, desde luego, es lo que encabeza sus diez categorías: Límite, Ilímite, y lo de los números viene después, a pesar de las tergiversaciones; Apolo Hiperbóreo llamaban a Pitágoras y el enlace de la suya con la figura divina se

debe a este secreto del límite y el ilímite. Las inscripciones delficas lo advierten, con toda claridad: No hagas nada con desmesura, o sea, sin someterte a los límites naturales de las cosas; observa los límites. Es el principio de que el límite evidencia la forma de lo real y la manera de dominarlo, y a la vez: Conócete a ti mismo, y sabe cuáles son tus límites, y que eres limitado e ilimitado a la vez, de empuje prometeico y revolucionante. Del límite arranca el orden, al menos: la comprensión de que la armonía, orden en el cosmos, freno al caos, se apoya en el correcto manejo de los límites, por eso la ética basada en el límite, jamás conocida por quienes minimizaron a "finito" enfrentándolo, irreverentemente, a infinito, teologizando las relaciones eficaces de lo que vive y lo que muere...

La clave de Pitágoras es la que nos ofrece Guthrie, y como es motivo justificable de un ensayo, la dejaremos para otra ocasión. Aristóteles roza esto cuando dice en su *Ética*: El mal pertenece a lo ilímite, y el bien al límite, como intuyeron los pitagóricos. Tras esto fue que anduvo Sócrates, tan desesperadamente, en sus indagaciones sobre la justicia, las cuales al final no le produjeron una certidumbre realmente liberadora, para el hombre, de su humana miseria. Parra León dice aún otra cosa, que nos hace meditar hondo: Si se resumen los objetivos que en relación al hombre perseguía Pitágoras al establecer los principios morales pueden sintetizarse en dos cortas líneas: Dominio de las pasiones para alcanzar el Bien y convertirse en un dios inmortal, provisto de las perfecciones inherentes a éste.

Miguel Parra León, pues, en su libro *Pitágoras, fundador de las ciencias matemáticas*, es un ejemplo de valentía y audacia intelectuales. Esperamos que su esfuerzo no sea en vano, y que no se pierda en la modorrosa indiferencia de quienes por no acometerle a tiempo, puedan malgastar las energías de sus mejores años.